

Domingo de todos los Santos

Evangelio: Mateo 10:32-36; 19:27-30: *“Por tanto, a todo el que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Y a cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos. ‘No penséis que he venido para traer paz a la tierra. No he venido para traer paz, sino espada. Porque yo he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre y a la nuera contra su suegra. Y los enemigos de un hombre serán los de su propia casa.*

Entonces respondió Pedro y le dijo: -He aquí, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido. ¿Qué hay, pues, para nosotros? Jesús les dijo: -De cierto os digo que en el tiempo de la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su gloria, vosotros que me habéis seguido os sentaréis también sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel. Y todo aquel que deja casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o campos por causa de mi nombre, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna. Pero muchos primeros serán últimos, y muchos últimos serán primeros.”

“He aquí, nosotros lo hemos dejado todo
y te hemos seguido”
(Mt 19:27)

No existe expresión más bella y más apropiada para proclamar después del descenso del Espíritu Santo sobre nosotros el pasado Domingo de Pentecostés.

En este primer domingo después de Pentecostés la Iglesia conmemora a todos los santos. Esta nube de Santos da la prueba de que Pentecostés es un evento permanente en la historia y que el Espíritu Santo está siempre activo. Estos frutos – los santos – son la mejor prueba. Esta es la voluntad de Dios que nosotros podamos ser santos tal como Él es santo. Su voluntad es que nosotros entremos en comunión con su santidad.

En el principio era el Verbo (Cristo) y el Verbo, la segunda persona, era con (gr. pros) Dios. El Verbo se dirigía hacia Dios y este Verbo se hizo hombre. Jesús quiso que toda la gente pueda dirigirse hacia Dios. En otras palabras, quiso que la gente participe de su gloria, la gloria que Él tiene junto a su Padre. Jesús vino a cumplir la voluntad del Padre haciéndonos partícipes de la vida de la Santa Trinidad y llevándonos con amor hacia el Padre. Después de la Ascensión, Cristo envió el Espíritu Santo para guiarnos a la íntegra verdad. La verdad es Cristo y Cristo nos conduce al Padre. El Espíritu Santo descendió el día de Pentecostés para continuar lo que Jesús había iniciado, es decir, “para exclamar en nuestros corazones, Abba, Padre.”

¿Quién es entonces el Santo? Él es quien exclama como la novia y como el Espíritu a Cristo: “¡Ven!” Tú nos has llamado y nosotros te hemos seguido, tal como dice el libro del Apocalipsis en 22:17. El santo es quien se mueve con anhelo para amar a Dios. El Espíritu es quien inicia este movimiento y nos guía hacia Él. El descenso del Espíritu Santo requiere de nosotros que estemos viviendo según lo describe esta bellísima expresión: “lo hemos dejado todo y te hemos seguido.”

San Juan Crisóstomo explicó esta oración preguntando: “¿Qué es lo que dejaste, Pedro? ¿Acaso no

es cierto que Pedro dejó sólo sus redes y la pesca? Él no era ni un rico ni un famoso de su época ... Y es aquí donde descubrimos el misterio del sacrificio de Pedro. El realmente dejó todo porque volcó su amor por el mundo completamente hacia Jesús, aún cuando sólo haya entregado el óbolo de la viuda, al no tener demasiadas cosas materiales que abandonar. Nosotros dejamos todo. No importa si lo que dejamos es mucho o poco sino que Cristo sea el todo por el todo. Esta es la santidad.

La santidad va más allá de la perfección ética o de las obras de las virtudes cristianas. Éstas son sólo el resultado de un corazón que ama de verdad. Uno debe dar a Cristo todo el amor que tenga. Este amor no implica abandonar a quienes nos aman aunque, sin embargo, tiene dos características: primero, la jerarquía y segundo, la clasificación de este amor. Es por ello que Cristo dijo: "Aquel que ama ... más que a mí, no es digno de mí." Cuando Cristo lo es todo para nosotros, entonces cualquier otro amor que contradiga el suyo será rechazado. Frente al amor de Cristo, todo amor a los ídolos y el egoísmo es destruido. Nosotros ofrecemos a los pies de Jesús nuestro amor junto a quienes lo aman. Ofrecemos oración, intercesión, servicio y sacrificio propio. ¿No fue acaso Él quien nos ordenó que nos amemos los unos a los otros tal como Él nos amó? Desde este punto de vista, el Santo no es aquel que ama sólo a Cristo, sino aquel que ama a todos en Cristo. Siempre hay una oportunidad para demostrar nuestro amor por Cristo especialmente si recordamos que todas las cosas y todos los seres humanos son amados por Jesús y que Cristo puso al otro en nuestro camino para que lo carguemos como una cruz y para que le hagamos llegar la Buena Nueva. El santo es aquel que se dio cuenta de que él no es más que un apóstol de Jesús y que debe amar

a todo el mundo porque sabe que todo el mundo es amado por Dios y enviado por Él. Si somos padres, amémos a nuestros hijos hasta el final. ¿Existe acaso un amor más grande que guiarlos hacia Jesús? De esta manera continuamos con la obra del Espíritu Santo. Si inculcamos en nuestros hijos nuestra voluntad más que la de Jesús, no los estaremos amando de verdad y no seremos dignos del Señor. El santo es aquel que ama a Dios al punto de amar todo lo que Dios ame.

El Apóstol Pablo dice en la epístola de hoy a los Hebreos: “Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso ... puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe ...” (Hebreos 12:1-2) Así exclamamos nosotros con todos los santos: “Señor, lo hemos dejado todo para ir en pos de ti.” Con el Espíritu, nosotros, la novia, exclamamos: “¡Ven, Señor Jesús! Nuestra respuesta al llamado de Jesús debe ser siempre “sí”.

Oh Rey Celestial, ven y mora en nosotros y límpianos de toda mancha para que podamos estar junto a tus santos.

Amén.